

Estando éstos y los de la familia plenamente convencidos de que no había medio alguno de curarle, se aplicó al enfermo un pedazo de un purificador que el Siervo de Dios Antonio María Claret había usado celebrando el santo sacrificio de la Misa, cosiéndoselo en el escapulario del Carmen que llevaba consigo el enfermo, y, lleno de fervor y confianza, invocó éste, con el rezo de algunos Padrenuestros, al santo Arzobispo.

Sucedió esto el 6 ó 7 de Febrero de 1890, y á los dos días, sin otros medicamentos, cesaron los dolores y la dificultad de hacer aguas sin necesidad de instrumento alguno, lo cual el enfermo, la familia y otros atribuyeron á un milagro. Continuó desde entonces mejorando rápidamente, pudiendo á los pocos días ir á la iglesia, distante media legua de su casa, y dedicarse á las faenas ordinarias del campo, quedando con más robustez, más gordura y más sanos colores que antes de su terrible enfermedad.

Todas estas curaciones, muchas de las cuales parecen llevar seguramente impreso el sello del milagro, son un elocuente testimonio que pregonan la santidad del Siervo de Dios, y de que podemos valernos con gran confianza en las oraciones privadas de su valiosa intercesión para con el Señor, que así se digna glorificarle con tan maravillosos hechos, hasta que llegue el día, por tantos españoles y devotos suyos suspirado, en que la Iglesia declare públicamente su santidad, elevándole al honor de los altares, para lo cual se trabaja ya con grande actividad en la Ciudad Eterna, siguiendo los trámites legales para la Causa de su beatificación.



## CAPÍTULO XIX

### TESTIMONIOS DE LA SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS

1. Opinión de santidad en que le tenía el pueblo. — Elocuente testimonio del excelentísimo Sr. D. José Pozuelo y Herrero, Obispo de Segovia. — 2. Fama de santidad de que gozaba entre la aristocracia de Madrid. — Los Prelados también le tenían por santo: testimonios de los Ilmos. Obispos de Vitoria, Almería, Tortosa, Lérida, Gerona, Mallorca, Málaga, Plasencia y Cádiz; de los Arzobispos de Tarragona y Granada, de los Cardenales Moreno, Payá, Sanz y Forés y P. Zeferino González. — 3. Testimonios de Vicarios capitulares y Gobernadores eclesiásticos. — 4. Testimonios de los familiares del Siervo de Dios. — 5. Deseos de que fuera beatificado.

1. Algo hemos dicho ya entreverado en la narración de los hechos de la opinión de santidad en que el P. Claret era tenido; mas para que nadie piense que era contado el número de personas que así juzgaban, ó que se habían formado de él este concepto exclusivamente las personas del bajo pueblo ó las de determinada jerarquía social, me ha parecido conveniente reunir en un capítulo los testimonios de varias personas autorizadas, ya que citarlos todos sería imposible. Baste decir que en los archivos de nuestra Casa-misión de Vich se conservan varios volúmenes de cartas autógrafas de toda suerte de personas alabando la santidad del Siervo de Dios, entre las que figuran casi todos los Obispos y Arzobispos de España y varios de fuera de ella y personajes de mucha distinción.

Como prueba elocuente del respeto y santa veneración con que el pueblo de Madrid le miraba á causa de su santidad, citaré un solo testimonio, que comprende muchos, el del excelentísimo Sr. D. José Pozuelo y Herrero, actual Obispo de Segovia, el cual, siendo aún Obispo de Canarias, escribía desde la capital de su Obispado con fecha 19 de Septiembre de 1880 á nuestro Rmo. P. Superior General: "Tengo el gusto de remitir á Vuestra Reverencia las contestaciones originales de los párrocos de mi diócesis en cuyas feligresías ejerció su celo

apostólico, antes de ser elevado á la dignidad episcopal, el excelentísimo Sr. D. Antonio María Claret.

„Para que se conozca el valor de estas respuestas, acompaño copia de la circular que pasé á los Arciprestes preguntándoles lo que Vuestra Reverencia deseaba y me había manifestado en su respetable comunicación de 18 de Febrero próximo pasado.

„Ahora, manifestando por cuenta propia el concepto que yo tengo formado del Excmo. Sr. Claret, debo decirle que en la ciudad de Barcelona, donde vi por primera vez á tan esclarecido varón por los años del 58 al 66 próximamente, era tenido por un santo en su doctrina y en sus obras por todas las personas religiosas, aun por aquellas más tibias y cuyo fervor dejaba mucho que desear. Me parece que el año 59 la Reina Doña Isabel II estaba en la ciudad de Barcelona, y con este motivo hube de conocer á una de las damas de su servicio, que se vió obligada á detenerse sin seguir á la Corte, por la enfermedad que le sobrevino á su hija Doña Luisa. Esta señora, llamada Doña Trinidad del Vall de Merly, me habló muchas veces de la santidad del Excmo. Sr. Claret y de la opinión que de santo gozaba entre la servidumbre de Palacio...

„De Barcelona la divina Providencia me llevó á Vich, de cuya Catedral fuí algún tiempo Canónigo: y allí era también pública y general la fama de santidad del Excmo. Sr. Claret. Traté en esta ciudad á un Beneficiado de la Catedral, llamado Dr. Francisco Coma, ya difunto, y este señor, que era muy piadoso y muy temeroso de Dios, trataba á un sacerdote de cuyo nombre no me acuerdo ya, que era íntimo amigo del señor Claret. Con motivo de un convento de frailes franciscos, que por los años de 63 á 65, próximamente, se estaba instalando en las cercanías de Vich, en un sitio que, si la memoria no me es infiel, se llamaba Calldetenas, y con motivo de otros hechos favorables á la Religión en España, durante la presidencia del Consejo de Ministros del Excmo. Sr. D. Leopoldo O'Donnell, el Dr. Coma se consolaba creyendo que la Iglesia había de prosperar y adquirir en España algo de lo mucho que había perdido. Comunicó sus consuelos al referido sacerdote, y éste, con referencia á lo que del Excmo. Sr. Claret había oído, le desvaneció sus ilusiones, asegurándole que no se podía esperar mejoría, que estaba el cielo muy irritado, y que

antes de que pasara mucho tiempo habíamos de ver sucesos grandes y extraordinarios contra la Iglesia y sus ministros. El Dr. Coma profesaba tanta veneración al Sr. Claret, que tuvo su presagio por una profecía, no resultado de la ciencia ni de los cálculos sobre la política, sino resultado de la asistencia de Dios en el entendimiento de tan santo y esclarecido varón. Yo también participé de esta creencia, y cuando estalló á fines de Septiembre de 1868 la revolución, me acordé del Padre Claret y de su profecía.

„De Vich pasé á Almería, donde desempeñé el cargo de Vicario general, y con este motivo de mi oficio, y en el trato de las gentes, observé que también allí era común la opinión de santidad del P. Claret. Sería el mes de Marzo de 1868 cuando el Sr. Obispo de Almería me llamó desde Madrid para que le acompañase en clase de su familiar. Un día estuvo á visitar á la Reina Doña Isabel II, y con tal motivo fuí yo acompañándole; pero él fué llamado por los ujieres para que entrase en la cámara regia, y yo me quedé esperando en uno de los salones más espaciosos de Palacio. Este día era de audiencia general, y en este salón en donde yo estaba había más de trescientas personas que esperaban ver á la Reina. Entre estas personas las había de todas clases y condiciones. Los Ministros, los Generales y otros altos dignatarios no esperaban en el salón. Atravesaban entre toda aquella multitud que rodeaba las paredes de la sala y penetraban en la regia cámara ó en las estancias más inmediatas. Luego que visitaban á S. M. volvían á salir atravesando de nuevo el salón. En aquel día y en aquella ocasión entró á visitar también á S. M. el excelentísimo Sr. Arzobispo Claret, y fué tal la devoción y el fervor que despertó en todos los corazones sólo con presentarse, que la concurrencia, sin acordarse que estaba en sitio tan respetable y tan cerca de la regia cámara, contra las órdenes de los ujieres, que celaban porque hubiera orden en la sala y porque el paso no se interrumpiera, se separaron de la línea que formaban y de las paredes que rodeaban para abalanzarse en tropel al centro por donde pasaba el virtuoso y santo Arzobispo. Como todos no podían besarle el anillo, le besaban muchos los extremos de la muceta y manteleta de sus capisayos.

„Este hecho se quedó más grabado en mi memoria, y me

impresionó tanto más cuanto menos preparado estaba yo á ver estos actos de respeto á la virtud y á la santidad en un pueblo como Madrid, y porque hice un juicio de comparación entre las demostraciones de simpatía y de respeto hacia los personajes que, con sus uniformes y entorchados, atravesaban el salón, y las demostraciones de la misma clase hacia el que era conocido y nombrado, no obstante su elevada dignidad, con la humilde denominación del P. Claret. Nada, absolutamente nada podían esperar aquellas personas allí reunidas del Excmo. Sr. Claret, y muchísimo de los otros personajes y dignatarios con que me vengo ocupando. Y no es que á estos últimos les faltase nadie en atenciones del respeto debido á su jerarquía, pero un respeto puramente civil y más pasivo que activo. El respeto al Excmo. Sr. Claret era un respeto puramente religioso, y retrataba en los semblantes los sentimientos de religión y de piedad que lo inspiraban.

„En Córdoba, donde estuve después de Almería de Canónigo y Rector del Seminario, y en Ceuta de Administrador apostólico, era general entre las personas piadosas la idea de las virtudes heroicas y de la santidad del Excmo. Sr. Arzobispo de Trajanópolis.

„Y por lo que hace á esta diócesis, en donde ahora resido, siendo su indigno Obispo, Vuestra Reverencia ve lo que dicen mis párrocos. La devoción que siempre profesé al P. Claret, sin tratarle ni apenas conocerle, se ha fortalecido y tomado creces en mi corazón desde que me encuentro al frente de esta diócesis, en la que este excelente varón se dió á conocer por su celo apostólico, adquiriendo una fama universal en todas las provincias de España.

„He oído á algunos de mis diocesanos que, habiéndose retirado de estas islas y vivido algunos años en América, habían vuelto con la fe debilitada y corrompidas sus costumbres con toda clase de vicios, y me han asegurado que se convirtieron á Dios desde que se confesaron con el Excmo. Sr. Claret. Á pesar de los años transcurridos aún dura en ellos el poder y la eficacia de tan santo confesor y predicador, y son muy buenos cristianos y excelentes padres de familia, que crían á sus hijos en santo temor de Dios.

„Me había propuesto, reverendísimo señor, escribir sólo diez ó doce renglones sobre esta materia, y la pluma se me ha

ido al calor de la devoción que tengo al excelentísimo y santo Arzobispo de Trajanópolis, y escribiendo he notado en mí una grande y extraordinaria complacencia y un desusado movimiento de devoción. También Dios ha iluminado mi alma haciendo que, al escribir este oficio, y sin esfuerzo previo de mi parte, me acuerde de sucesos antiguos que yo tenía de todo punto olvidados... — Las Palmas [y Septiembre 19 de 1880. = José, Obispo de Canarias. „

2. Por esta carta del Ilmo. Sr. Obispo de Segovia, con tanta unción escrita, vese claro que el pueblo español miraba al Padre Claret como á un verdadero santo; lo mismo testifican los centenares de cartas que los señores Arciprestes y párrocos de las diócesis de Cataluña y Canarias escribieron dando cuenta de la fama de santidad que el Siervo de Dios gozaba entre sus respectivos feligreses. En este mismo concepto le tenían las personas de la aristocracia que en Madrid y otros puntos le trataron. Testigo de ello son, entre otros, la Vizcondesa de Jorbalán, el Excmo. Sr. Marqués del Arco, el Capitán general Marqués de Novaliches, quien en el Proceso informativo, á más de declarar en particular varios actos heroicos del Siervo de Dios, aseguró que siempre lo había tenido por hombre extraordinario; el Sr. Conde de Cheste, quien también dió testimonio en el Proceso informativo de la santidad del P. Claret; D. Melchor Bertrán, gentilhombre de Isabel II, y la misma Reina, como queda declarado en el curso de esta VIDA.

Para demostrar que los Prelados españoles opinaban como el pueblo acerca de la santidad del Siervo de Dios, podría citar los elocuentes testimonios de los Obispos que había en España en vida del P. Claret y de los que ahora ocupan sus puestos. En los documentos justificativos anejos al resumen que de la vida del santo Arzobispo publicó en 1882 nuestro Rdo. Padre Clotet puede ver el curioso lector cartas de unos cincuenta y ocho entre Cardenales, Arzobispos y Obispos, en las que con admirable consonancia se ensalza la santidad del P. Claret, su celo apostólico, la pureza de su doctrina y la unción de sus escritos, allende de otras muchas de ilustrísimos Cabildos, Corporaciones ilustres, personajes de distinción y de infinidad de eclesiásticos de todas jerarquías. En la imposibilidad de citarlos todos, presentaré aquí un como ramillete de los principales.

He aquí cómo se expresa el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Sebastián Herrero, Obispo de Vitoria: "El Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret, á quien tuve yo la honra de conocer y tratar, fué un venerable Siervo de Dios, que vivió y murió en olor de santidad. Esta es la opinión general de esta diócesis, pues, aunque en ella no se detuvo, son notorias sus ejemplarísimas virtudes y celo apostólico. Todos creen, y yo siempre lo he creído, que está gozando de la visión beatífica (1).", El ilustrísimo Sr. D. José Orberá y Carrión, Obispo que fué de Almería, manifestaba su parecer en parecidos términos. "El concepto,—escribe,—que tengo formado del Sr. Arzobispo Claret, es el de un santo. En los catorce años que he permanecido en Santiago de Cuba ejerciendo los cargos de Provisor, Doctoral, Rector del Seminario y Vicario capitular de aquella diócesis, puedo decir á Ud. que, en mi pobre opinión, lo que se conserva de Religión en aquella diócesis se debe al Sr. Arzobispo Claret, á la santa visita que practicó, á las continuas Misiones que dió y promovió, á los millones de libros que repartió, principalmente por los campos. Su vida, por lo que he oído á personas que le trataron de cerca, fué prodigiosa; yo mismo le conocí y traté, aunque poco, y quedé edificado. Su conducta fué ejemplarísima, fué la de un santo... (2).", El Ilmo. Sr. D. Francisco Aznar y Pueyo, Obispo de Tortosa, hablando del P. Claret dice terminantemente: "Cuantos le conocieron, le trataron de cerca y leyeron sus escritos, le tuvieron y tienen por santo (3).",

Podríamos ir amontonando testimonios como éstos de los Excmos. Sres. D. Tomás Costa, Obispo antes de Lérida y hoy Arzobispo de Tarragona; D. Tomás Sivilla, Obispo de Gerona, y D. Mateo Jaime y Garau, Obispo de Mallorca. El primero, "antes,—dice,—de conocer á Mosén Claret en la ciudad de Lérida, era voz pública cuando fué allí á dar la Misión, que iba á predicarles un santo (4).", "Es tan grande,—escribe el segundo,—la reputación de virtud de que disfruta en nuestra diócesis de Gerona, que no vacilo en afirmar es creencia general entre personas piadosas de la misma que algún día, quizá no

- (1) Carta del 24 de Junio de 1880.  
 (2) Carta del 28 de Noviembre de 1879.  
 (3) Carta del 14 de Junio de 1880.  
 (4) Carta del 15 de Enero de 1880.

muy lejano, será venerado en los altares (1).", "El concepto,—afirma el tercero—que desde el principio formé de tan esclarecido varón, y que se fué arraigando y confirmando cada día más con el trato y mayor conocimiento de su vida y trabajos apostólicos, es el de que era un Prelado verdaderamente santo, lleno de ardiente é infatigable celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, sabio y prudente según Dios, dotado de una humildad y mansedumbre á toda prueba (2).",

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Benito Vilamitjana, Arzobispo de Tarragona, no teme expresarse en estos terminos: "El concepto de las virtudes del inolvidable Sr. Claret y su reputación de santo, entiendo que es general, y en mí existe casi desde que le conocí durante [nuestros estudios en el Seminario de Vich (3).", Ya en otra parte hemos visto cómo pensaban de él varios otros Prelados, como el Arzobispo de Granada don Bienvenido Monzón, y el Obispo de Málaga Manuel Gómez y Salazar, y otros. El difunto Cardenal D. Ignacio Moreno describe en particular varias virtudes del Siervo de Dios, y añade que su conducta "fué ejemplarísima, verdaderamente apostólica y propia en todos conceptos de un perfecto Prelado de la Iglesia (4).", El Obispo de Plasencia, Ilmo. D. Pedro Casas Souto, asegura que siempre le ha considerado como á uno de los más santos Obispos (5). El Emmo. Cardenal Payá dice de él que "su vida era santa, su conducta irreprochable y su doctrina abundante y sana (6).",

El Emmo. Cardenal-Arzobispo de Sevilla, D. Benito Sanz y Forés, "siempre,—escribe,—le he considerado como un varón justo, como un ministro de Dios, lleno de espíritu, y como un Prelado animado de verdadero celo apostólico y adornado de grandes virtudes, por las que siempre le profesé respeto y veneración (7).", El Ilmo. D. Jaime Catalá, Obispo que fué de Cádiz y Administrador apostólico de Ceuta, después de tributar varios elogios á las virtudes y á los escritos del Siervo de Dios, concluye diciendo: "En resumen, en mi opinión, el señor

- (1) Carta del 28 de Julio de 1880.  
 (2) Carta del 27 de Febrero de 1880.  
 (3) Carta del 26 de Noviembre de 1879.  
 (4) Carta del 11 de Marzo de 1880.  
 (5) Carta del 8 de Junio de 1880.  
 (6) Carta del 28 de Enero de 1880.  
 (7) Carta del 1.º de Noviembre de 1880.